

Primera parte

Sarah

1

Tenía dieciocho años cuando me fui de Oxford, y lo hice convencida de que no iba a volver a pisar Inglaterra nunca más. Cinco años más tarde estoy a bordo de un avión a punto de aterrizar en Heathrow.

Me gustaría poder decir que he cambiado, que entonces era otra y que la chica de ahora no tiene nada que ver con aquella, pero no es así. Soy la misma; quizá esté rota por dentro y sea imposible de reparar, pero sigo siendo la misma. Es necesario mucho más que el paso del tiempo para cambiar el interior de una persona y, por muchos kilómetros de tierra que pongas de por medio, el dolor siempre te encuentra.

Miro a través de la ventanilla. Es una lástima que no pueda observar más de cerca las nubes o sentir las corrientes de aire que sin duda acarician el fuselaje del avión. Resignada a no tocar el cielo, observo al señor que tengo sentado al lado, y que se ha quedado dormido después de fingir que leía unos informes repletos de gráficos.

El avión se tambalea ligeramente y se enciende la señal de «abróchense los cinturones». Es lo primero que he hecho al sentarme después de visitar el baño por cuarta vez; aun así tiro de la hebilla para comprobarlo. Respiro despacio en un intento de aflojar el nudo que se me ha formado en el estómago. Es solo una ligera turbulencia y en realidad no es la culpable de que se me haya acelerado el corazón y me hayan empezado a sudar las manos. La culpa es del capitán, que acaba de anunciar nuestro inminente aterrizaje.

Se me eriza la piel. Aunque el frío inglés sigue encerrado fuera, ya ha empezado a calarme. Es absurdo, por supuesto, pero ya lo siento en los huesos. Recorro a los ejercicios que utilizo para tranquilizarme antes de dar una clase. Flexiono los dedos de las manos y repito en voz muy baja la lista de nombres de plantas del *Specium Plantarum*. Nunca he decidido estudiármelas de memoria, no adrede, pero años atrás, la mañana que me fui de casa, me aferré a ese libro como si mi vida dependiese de él.

El señor que ocupa el asiento contiguo se despierta al oírme farfullar y me mira confuso, quizá porque todavía está retenido por algún sueño o porque piensa que su acompañante está hablando sola. Opto por sonreírle algo tímida y avergonzada, y él me devuelve la sonrisa. No le he dicho nada en todo el vuelo y lo cierto es que estoy demasiado nerviosa para iniciar una conversación mínimamente educada.

—¿Le da miedo volar? —me pregunta él entonces. Una pregunta tardía teniendo en cuenta que estamos a punto de aterrizar.

—No.

El hombre tendrá unos sesenta años y es evidente que está incómodo y cansado por las horas de vuelo. Es demasiado alto para estos asientos, y las arrugas de su rostro desvelan que su viaje no ha sido por placer.

—Yo lo odio. Mi mujer me aconsejó que me tomase una pastilla —me explica masajeándose la nuca.

—Ah, bueno, seguro que le ha ido bien —contesto, porque siento que debo decirle algo más que un monosílabo.

Esa clase de charlas siempre se me han dado muy mal, y volver a utilizar mi idioma materno me desconcierta durante unos instantes. En Brasil también he utilizado el inglés, obviamente. Al principio era el único idioma con el que me veía capaz de desenvolverme, pero con el paso del tiempo el portugués fue ocupando cada vez más espacio en mi vida hasta convertirse casi en mi primera lengua. Aunque nunca ha entrado en mis sueños. El inglés es el idioma de mi infancia y de mi adolescencia; luego me hice mayor de golpe y no tuve más remedio que aprender portugués... Ahora estoy tan perdida y asustada que incluso me agobia la elección del idioma.

Mi acompañante estira los brazos y, tras dedicarme una última mirada, se dispone a ordenar sus pertenencias. Intento darle cierta intimidad, algo que resulta casi imposible en un avión, y por el rabillo del ojo le veo amontonar los documentos que ha intentado leer horas antes. Los guarda en un maletín del que extrae una corbata que se anuda sin mirar alrededor del cuello. Es un hombre robusto, y en mi mente le doy el título de economista y lo convierto en contable. El señor Contable ha viajado a Brasil por trabajo y está casado; en las pocas frases que hemos intercambiado ha mencionado una esposa, así que me lo imagino con dos hijos y un nieto. ¿Le estarán esperando en el aeropuerto o seguirá él solo con su camino tras recoger el equipaje?

El avión hace un movimiento brusco. Aprieto los dedos en los reposabrazos del asiento y aguanto la respiración.

En estos últimos cinco años ni siquiera me he atrevido a acercarme a Europa y ahora estoy a escasos minutos de aterrizar en Inglaterra. Para mí no existen dos países más dispares en el mundo que Inglaterra y Brasil: allí incluso los colores son distintos, especialmente el verde.

El verde inglés es sombrío, mojado, triste, oscuro. El verde de Brasil es cálido, brillante, salvaje, lleno de vida. El día que llegué a Brasilia estaba asustada, aterrorizada, más incluso que ahora. Acababa de salir huyendo de mi vida, de una mentira, y no sabía qué pretendía conseguir, pero no podía seguir allí ni un segundo más. No tenía a nadie, solo un sobre de una universidad y la carta de un profesor al que no había visto nunca en la vida.

Las ruedas del avión entran en contacto con la pista de aterrizaje, coloco una mano en el asiento de delante y cierro los ojos. Farfullo de nuevo los nombres de las plantas en latín y no paro hasta que la voz del comandante anuncia que hemos llegado al aeropuerto de Heathrow. Los «*clics*» de los cinturones que tantos pasajeros se desabrochan antes de tiempo llegan a mis oídos seguidos por la reprimenda de la sobrecarga recordándoles que deben permanecer sentados hasta que el motor se apague.

Una campanilla electrónica les da por fin permiso para levantarse y los ocupantes del avión se incorporan casi al unísono. Yo sigo sentada, ni siquiera me he desabrochado el cinturón. Empiezo a sudar y se me acelera el pulso. Es absurdo, he tenido horas para prepararme, días enteros; no he aparecido aquí de repente, sabía que este avión iba a aterrizar en Londres y que este momento iba a llegar. Me he subido a él voluntariamente.

—¿Se encuentra bien, señorita?

Parpadeo para centrar la vista y descubro a mi acompañante, el señor Contable, observándome entre preocupado y frustrado.

—Me llamo Sarah.

El hombre me sonrío. Me doy cuenta de que hay cierto paternalismo en esa sonrisa y en el «señorita», pero no me molesta. Toda mi fuerza de voluntad está concentrada en no vomitar.

—Robert Long, encantado. —No me tiende la mano, sino que arruga las cejas y busca con la mirada una bolsa de papel—. ¿Te encuentras bien, Sarah?

—Estoy un poco mareada, creo que me quedaré sentada cinco minutos más.

—Deberías ir al baño a refrescarte un poco.

El señor Long baja las cejas y se incorpora dispuesto a dejarme pasar. El pasillo está vacío y se pasa las manos por las arrugas de la americana al ver que no salgo corriendo hacia el baño. Hasta ahora ni siquiera me había dado cuenta de que apenas queda nadie más dentro del avión. Los empleados de la compañía aérea han empezado a doblar mantas y a recoger objetos varios que se han olvidado los viajeros.

—¿Viene alguien a buscarte?

Levanto la hebilla del cinturón y me agacho en busca del bolso.

—No, he alquilado un coche.

La facilidad de conversación del señor Long me ha cogido desprevenida y no sé qué hacer con él. Parece amable, pero se había pasado el vuelo entero durmiendo y yo me he acostumbrado al silencio. Sin embargo, hay algo en su mirada, o quizá en esas cejas canosas, que consigue tranquilizarme lo suficiente como para contestarle y ser amable con él.

—De acuerdo. Toma, esta es mi tarjeta.

El señor Long me habla a pesar de que yo sigo con la cabeza debajo del asiento. Por fin encuentro el asa del bolso y tiro de él. Tras incorporarme, lo coloco en el regazo y me dispongo a poner cierto orden en mis pertenencias, pero entonces veo la mano extendida del señor Long con una tarjeta en el extremo.

—Cógela, mi mujer me matará si le cuento que he dejado que te fueses sin ella. Llámame si necesitas algo. Uno de nuestros hijos tiene un miedo atroz a volar.

La explicación y la sonrisa bastan para derrotarme y hacerme sentir como una maleducada por no haberla aceptado antes.

—Gracias.

La leo con atención. Bajo el nombre de Robert Long figura en mayúsculas de un elegante color negro: ABOGADO, 147 MILE END ROAD, LONDRES, y el número de teléfono.

—De nada —responde él con tono cansado—. Me voy; me están esperando y aún tengo que encontrar mis malditas maletas.

La palabra malsonante me hace sonreír, todo un logro a pesar de que el señor Long no lo sabe.

—¿Se encuentra bien, señorita? —nos interrumpe una de las azafatas—. Me temo que debe abandonar el avión.

—Sí, por supuesto. ¿Puedo utilizar el servicio antes?

La chica, demasiado rubia y demasiado perfecta, desvía la mirada hacia otra de más cargo y, tras verla asentir, me da permiso

—Sí, adelante.

Se aparta del pasillo, dejándonos solos de nuevo, e intento despedirme de Robert Long como es debido.

—Gracias, Robert, de verdad. La guardaré. Ha estado bien viajar a tu lado.

—Lo mismo digo.

Él asiente satisfecho al ver que efectivamente me guardo la tarjeta en el bolsillo del pantalón y se despide con un leve gesto como si fuéramos viejos amigos que volverán a encontrarse al cabo de unos días. Se aleja por el pasillo y yo me dirijo al baño. No puedo quedarme mucho rato, desde aquí puedo oír las voces de los empleados de la compañía aérea charlando sobre lo que harán en Londres estos dos días, hasta que vuelvan a Brasil. Me echo agua a la cara y me seco con una toalla. Ojalá pudiera irme con ellos, susurra una vocecita algo cobarde en mi interior.

—¿Está lista, señorita?

Unos golpes en la puerta se entrometen y recupero la valentía.

—Sí, enseguida salgo.

Al abrir encuentro la bolsa con mi ordenador portátil y el bolso esperándome en el asiento que hay justo enfrente del servicio. Me cuelgo un asa en cada hombro y camino hacia la salida donde está esperando un hombre altísimo con el uniforme de la compañía aérea.

—Gracias —digo en portugués. Él asiente y, después de apagar unos botones, camina detrás de mí arrastrando una pequeña maleta.

Recorro el *finger* que conecta el avión con la terminal. Me alegra no tener que descender las escaleras de metal del avión e interpreto la feliz coincidencia como una buena señal. Casi sin darme cuenta busco con la mirada las pruebas que el paso del tiempo ha podido dejar en ese edificio o en los desconocidos que lo transitan, y no encuentro demasiadas. Aunque a mí me ha parecido una vida entera, en realidad solo han sido cinco años. O tal vez lo que ocurre es que antes nunca me fijaba en los detalles.

Llego al carrusel número ocho, donde hay una pantalla con el nombre de Brasilia, y aguanto el aliento. En la maleta no solo hay ropa, sino también libros y algunas pertenencias que he ido atesorando a lo largo de estos

años. Esos objetos curiosos que logran convertir cualquier lugar inhóspito en un hogar. El aire acondicionado me eriza la piel y abro el bolso en busca de un fular que me enrolló alrededor del cuello. La vieja maleta de lona rojiza aparece atrapada entre dos enormes maletas negras y corro a rescatarla. La dejo en el suelo, suelto despacio el aire y me dirijo al mostrador de la compañía de alquiler de coches. Ha llegado el momento de continuar.

El hombre que hay detrás del mostrador acepta los papeles que le entrego y se dispone a teclear con eficiencia.

—¿Me permite su permiso de conducir, por favor? —me pide pasados unos minutos.

Se lo entrego y él, tras introducir los últimos datos, se detiene, observa la pantalla con atención, y saca del cajón una llave colgada de un llavero corporativo.

—Hemos elegido un Rover azul marino para usted, señorita Morgan. Si firma aquí, aquí y aquí la acompañaré a buscarlo.

—Claro.

Aprieto el bolígrafo y firmo donde me ha indicado. Después, Michael Steck (es el nombre que aparece en la placa que lleva en el bolsillo de la americana) repasa los documentos una última vez y, tras golpear la mesa con ellos para alinearlos, los guarda en el mismo cajón que antes.

—Bienvenida a casa, señorita Morgan.

—Gracias —contesto a través del nudo que se forma de repente en mi garganta.

Michael Steck es el único que se alegra de mi regreso.

2

Salir del garaje de la compañía de coches de alquiler es tan complicado que durante unos minutos consigo no prestar atención al hecho de que estoy de nuevo en Inglaterra. La lluvia, obviamente, ha venido a darme la bienvenida y a reírse de mi torpeza al volante. El verde inglés también me saluda y lo cierto es que se me acelera un poco el corazón.

Llevo conduciendo una hora cuando el cansancio me golpea de repente. El sonido monótono del limpiaparabrisas y el paisaje cada vez más familiar me están adormilando y me maldigo por haber salido tan rápido del aeropuerto. Tendría que haberme tomado un café, o mil. Los nervios me han llevado a actuar sin pensar y, si no hago algo, pronto acabaré durmiéndome al volante. Giro la ruedecilla de la radio en busca de una emisora, pero el claxon de otro vehículo me advierte de que he invadido el carril contrario. Me disculpo con las manos y al ver la señal de una gasolinera decido desviarme. También me irá bien llenar el depósito; la empresa de alquiler me lo ha entregado medio vacío.

El logo de Shell me guía hasta los surtidores y detengo el motor. Bajo, estiro los brazos, noto todos los músculos doloridos y me dispongo a descifrar qué gasolina utiliza el Rover azul. Cada uno de estos gestos me aleja un poco más de mi vida en Brasilia. Devuelvo la manguera al surtidor después de llenar el depósito y entro en la gasolinera. Recorro las tres estanterías, una manía que tengo desde pequeña, y cojo unas galletas Cadbury y una caja metálica de bombones: es la menos escandalosa y la más adecuada para la cita a la que me dirijo.

—¿Esto es todo? —La cajera señala el vehículo con la barbilla y después coge las galletas y los bombones.

—No, ¿puede prepararme un café para llevar, por favor?

—La máquina está estropeada, solo tenemos té.

Sí, sin duda estoy en Inglaterra. Miro por encima del hombro de la ca-

jera y veo la máquina de café. Si de verdad está estropeada, probablemente se debe al polvo que la cubre.

—Té está bien. Gracias. Con leche.

La señora se da media vuelta y vierte agua hirviendo en un vaso para llevar. Después, hunde dos sobres de té en ella y lo remata con un chorrito de leche.

—Son setenta libras.

Pago y salgo de allí haciendo malabares con el té, las galletas y la caja de bombones. Había dejado de llover, pero una nube aprovecha ese momento para quitarse de encima las gotas que le quedaban, y entro en el coche con el pelo mojado y soltando improperios.

—Mierda. Mierda. Mierda. Odio este país.

Dejo la caja de bombones en el asiento del acompañante. Me quito el abrigo, que no ha servido de mucho para protegerme de la lluvia, y abro el paquete de galletas. Cuando tengo una entre los dientes, me agacho para recuperar el té. No quiero empeorar las cosas derramándomelo encima, así que no muevo el coche. Si alguien más quiere utilizar este surtidor, va a tener que esperarse. Yo voy a beberme este té horrible y a comerme unas galletas.

Me lo he ganado.

Tras finalizar el raquítico desayuno estoy más despierta y me veo capaz de volver a la carretera y seguir conduciendo, pero antes quiero asegurarme de no haber tomado la ruta equivocada. Habría podido introducir los datos en el GPS del coche o en el sistema de navegación del teléfono móvil, pero no quiero perder la poca calma que me queda intentando descifrar una de estas máquinas. Busco entre los papeles, que tienen los cantos doblados de tanto tocarlos, y miro de nuevo el nombre de la carretera.

La lluvia me acompaña durante el resto del viaje, que paso comiendo galletas y apretando botones en la radio hasta dar con una emisora que más o menos me gusta. A medida que voy dejando atrás las intersecciones que conducen a Londres, el tráfico se va aligerando y, una hora más tarde, paso de largo la señal que indica la llegada a Oxford. Aprieto el volante hasta que el sudor me moja las palmas de las manos.

Una señal distinta a las habituales aparece a mi derecha. Conduzco cinco minutos más por un diminuto camino de doble sentido y doy gracias a Dios por no encontrarme ningún coche de frente. Otra señal, esta más pequeña y elegante, me guía hasta un camino enmarcado por picas de hierro

forjado que concluyen en una impresionante verja. Detengo el vehículo y me seco el sudor de las manos en los pantalones mientras respiro despacio e intento contener las náuseas. Bajo la ventanilla y, antes de cambiar de opinión, aprieto el botón del interfono que está semioculto en la maleza.

—¿Puedo ayudarla en algo, señorita?

La voz metalizada que me responde casi me provoca un infarto. Me llevo una mano al corazón para asegurarme de que no se me sale del pecho.

—¿Puedo ayudarla en algo, señorita? —insiste.

—Sí, hola —carraspeo y vuelvo a apretar el botón para contestar—. Buenas tardes, soy Sarah Morgan. Vengo a...

—La estábamos esperando, señorita Morgan —me interrumpe—. Pase. Adelante. Puede aparcar el vehículo en la zona de visitas. La recepción está en el edificio principal. Bienvenida.

La verja se abre y trago saliva antes de poner de nuevo el coche en marcha. Todavía estoy a tiempo de irme de aquí y volver más tarde, cuando esté preparada. O nunca.

Una camioneta cargada con utensilios de jardinería se detiene tras el Rover y toca el claxon. No tengo escapatoria, la única salida es hacia delante.

—Ya voy —farfullo al ver el rostro impaciente del conductor de la camioneta por el retrovisor.

La grava que cubre el camino es suave y cruje bajo las ruedas, los arbustos están perfectamente cuidados y hay una fuente preciosa en medio de un círculo de hierba. El edificio probablemente había pertenecido a una familia noble y seguro que aquí han rodado alguna película de época.

Estudio mi aspecto en el retrovisor del coche antes de descender. Un modo como cualquier otro de retrasar lo inevitable. Todavía estoy morena, aunque sin duda el mal tiempo inglés conseguirá eliminar el color de mi piel en cuestión de horas. Tengo las ojeras muy marcadas y el poco maquillaje que llevaba antes de subirme al avión ha desaparecido (ya no recuerdo cuántas horas han pasado desde entonces). Mi pelo negro está enmarañado, demasiado, parezco una loca; alargo la mano hacia el interior del bolso en busca del neceser. Me cepillo lo mejor que puedo y después me pinto los labios y me pongo un poco de colonia de una de las muestras que nadan perdidas por el bolso. Observo el resultado final: no ha sucedido ningún milagro, pero ahora parezco más centrada. Me anudo el pañuelo alrededor del cuello con cierta gracia y me pongo el abrigo antes de salir del vehículo.

Cierro el coche y, tras dar dos pasos, me doy cuenta de que se me olvida algo y retrocedo a buscarlo. Sujeto la caja de bombones con ambas manos para disimular que estoy temblando y subo los escalones de la entrada.

—Adelante, pase —una señora de unos sesenta años con un precioso abrigo a juego con el color de su pintalabios me sujeta la puerta de la entrada.

Me he detenido sin darme cuenta.

—Gracias —contesto al dar el primer paso, aunque en algún rincón de mi mente sé que es de mala educación y que tendría que haberla dejado salir primero. La señora me sonrío y después abandona el edificio dejando tras de sí una estela de perfume.

La recepción es sumamente moderna y complementa de un modo extraño y elegante el clásico interior de la mansión. Tengo un nudo en el estómago; aunque he visto este interior muchísimas veces en fotografías, la realidad de estar aquí me impide respirar.

—Buenos días, ¿puedo ayudarla en algo? —Una de las enfermeras intenta captar mi atención desde detrás del mostrador. Tengo que hacerlo, tengo que seguir adelante. Camino hasta allí y empiezo a hablar apresuradamente.

—Lamento presentarme sin haber llamado antes. ¿Tienen ustedes horario? ¿Es un mal momento?

—¿Es usted la señorita Morgan? —Tras verme asentir, continúa—: Tenemos horario, pero no se preocupe por eso ahora; usted acaba de llegar y es normal que haya venido sin avisar.

Recuerdo entonces que hace unos días les mandé un correo informándoles de mi fecha de llegada a Inglaterra. Al parecer han dado por hecho que acudiría allí directamente. Me siento culpable por no haber ido antes, por haber necesitado una cruel jugada del destino para hacer esta visita. Aprieto la caja de bombones, un detalle que ahora me parece de lo más sórdido.

—¿Cómo está Sylvia? —pregunto tras encontrar la voz.

—La doctora que la atiende bajará enseguida y la pondrá al tanto de todo.

—¿Pero está bien? —insisto.

—Está tranquila. Le gusta mucho el chocolate —me asegura al ver la caja de bombones.

Comprendo que esa enfermera quiera comportarse con profesionalidad y que se niegue a darme detalles más específicos sin estar en presencia

del doctor, pero estoy al borde un ataque de nervios y necesito acabar con esto de una vez por todas.

—¿Puedo verla?

—Por supuesto, ya he avisado a la doctora. Enseguida vendrá alguien a buscarla.

Apenas unos segundos después se abre una puerta y aparece una mujer de rostro amable acompañada por un hombre de porte distinguido. Los dos son médicos; tanto sus batas como sus andares lo demuestran.

—Buenas tardes, señorita Morgan. Lamento que nos veamos por primera vez en estas circunstancias. Soy la doctora Kensington y él es el doctor Elba, el director del centro.

—Lamentamos mucho lo sucedido, señorita Morgan.

—Gracias. Llámeme Sarah, por favor. —Aunque el pésame me lo ha dado el doctor Elba y me ha estrechado la mano con fuerza, contesto dirigiéndome a la doctora.

La doctora Kensington y yo hemos intercambiado docenas de correos electrónicos a lo largo de los años y nunca hemos abandonado el tono formal. Ahora, a escasos pasos de distancia, me parece absurdo.

—De acuerdo, Sarah. Me imagino que estarás cansada del viaje. ¿Por qué no visitas a Sylvia y nos reunimos mañana para hablar a solas? —me sugiere Kensington.

—Claro, por supuesto.

Le estrecho de nuevo la mano al doctor Elba cuando se despide y me deja a solas con la doctora. Andamos sin intercambiar más preguntas. No me molesta el silencio, lo agradezco. Es la primera vez que visito este lugar y quiero observarlo con detenimiento. Son unas instalaciones extremadamente elegantes y sofisticadas, se oye música clásica y los enfermeros que surcan los pasillos parecen amables y muy profesionales. Es un buen sitio, aunque algo frío.

—Sylvia tiene días buenos y malos —dice al fin la doctora deteniéndose ante una puerta—. Hoy está muy bien, pero mi consejo es que esperes a que hable ella y que te dejes llevar. Es mejor ir poco a poco. Si nos necesitas, no dudes en llamarnos. Hay un timbre al lado de la cama y otro al lado de la puerta; apriétalo y alguien vendrá a ayudarte, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Os dejaré a solas media hora. Después, vendré a buscarla.

La doctora da la vuelta y se aleja por el pasillo. Espero unos segundos frente a la puerta y, tras coger aire, rodeo el pomo con una mano y entro.

No puedo dar ni un solo paso.

Nada podría haberme preparado para esto. Hace cinco años que no veo a Sylvia, y ahora está sentada en una butaca estampada de flores tejiendo lo que parece ser una bufanda rosa. Tiene la cabeza agachada porque está contando los puntos. En la mesilla que hay al lado descansa un libro muy viejo. La cubierta es de un color amarillento y, a juzgar por algunos hilos que salen del lomo, le faltan algunas páginas.

El picaporte me resbala entre los dedos. El ruido de la puerta al cerrarse logra captar la atención de Sylvia y alejarla de los nudos de lana.

—Hola, Sarah.

—Hola, abuela —se me rompe la voz y no tengo más remedio que admitir que he tenido un miedo atroz a que no me reconociese. Me había sucedido antes y me volverá a suceder, pero en este instante, cuando más lo necesito, mi abuela me ha reconocido.

Me desmorono. El castillo de cartas que llevo años construyendo dentro de mí se derrumba. Dejo la caja de bombones en la mesilla y abrazo a Sylvia con todas mis fuerzas. Lloro con el rostro oculto en la piel arrugada del cuello de la abuela y dejo que ella me consuele y me acaricie el pelo como cuando era pequeña.

—Tranquila, pequeña. Tranquila, a ti no te sucederá nada malo. Te lo prometo.

Lloro, lloro tanto que tardo varios minutos en darme cuenta de que Sylvia me está hablando. Me aparto con reticencia porque algo me dice que cuando me aleje de estos brazos que huelen a lavanda sucederá algo horrible. Como siempre. A pesar del miedo, logro soltarme. Se supone que ahora ella depende de mí y que tengo que ser valiente por las dos.

—Ya sé que no me sucederá nada malo, abuela. Solo es que me he emocionado al verte.

Sylvia me sonrío y me acaricia la mejilla. Sus ojos brillan con tanta lucidez que se me encoge el corazón. Antes de que me fuera de Inglaterra, el Alzheimer ya había empezado a llevarse lo mejor de ella.

—Yo también, pequeña.

Cierro los ojos y vuelvo a abrazarla.

—¿Y tú estás bien, abuela?

—A veces.

El significado de esas palabras hace estragos en mi interior y me muerdo el labio para no volver a llorar. Los años que llevo alejada de allí y el motivo de mi partida me retuercen el estómago.

—La doctora vendrá enseguida. Parece simpática. Me ha dicho que tienes que descansar, pero mañana volveré a visitarte, ¿de acuerdo? —susurro como puedo.

Sylvia se tensa y me abraza con más fuerza.

—Tienes que tener cuidado. Si mañana no estoy bien, vuelve otro día. No vuelvas a irte. —A ella también le cuesta hablar.

Asiento. No sé cuánto tiempo voy a quedarme; la falta de sueño y la emoción me nublan la mente. Necesito descansar y centrarme.

—Tendré cuidado y te prometo que vendré mañana.

—No quiero que te suceda lo mismo que a tu padre —insiste Sylvia—. No fue un accidente.

Me aparto del sofá y me paso las manos por el pelo. No quiero hablar de eso, aún no.

—Estoy cansada —esquivo el tema—. Creo que las dos deberíamos descansar —suspiro exhausta de verdad—. Te he echado de menos, abuela.

—No fue un accidente —repite nerviosa, y el brillo de sus ojos se altera—. Tu padre nunca habría conducido si hubiese bebido, era demasiado estricto. Mi hijo podía ser muchas cosas, pero jamás habría hecho algo tan temerario y egoísta. Tu padre no era ningún estúpido y no habría corrido el riesgo de perder la vida antes de volver a verte.

—La policía...

—¡No me hables de la policía! No fue un accidente, no lo fue —balbucea Sylvia y lanza el ovillo de lana al suelo para aferrarse al libro desvencijado que hasta entonces ha estado olvidado en la mesa—. No lo fue. Las flores lo saben, tengo que recordarlo. Maldita sea.

—Abuela. —Intento acercarme, pero el modo en que me mira me detiene.

Sylvia cierra los ojos y aprieta el libro contra el pecho. Unas gruesas lágrimas le resbalan por las mejillas apergaminadas.

La miro sin saber qué hacer. ¿La abrazo? ¿Me voy sin decirle nada más? ¿Pido ayuda? La postura de Sylvia ha cambiado, es como si su alma hubiese salido del cuerpo y hubiese dejado un cascarón vacío soportando el dolor.

En medio de esa confusión aparece la doctora Kensington con dos enfermeras y, mientras estas últimas se quedan a atender a Sylvia, ella me pide que la acompañe fuera.

—Vendré mañana, abuela —le recuerdo en voz baja a Sylvia antes de salir, a pesar de que no sé si puede oírme o entenderme

—¿Te ha reconocido? —me pregunta la doctora en cuanto nos encontramos en el pasillo.

—Sí, me ha reconocido. Estaba bien hasta que ha mencionado el accidente de mi padre.

—Han sido unos días difíciles —reconoce la doctora—. La muerte de tu padre ha sido una verdadera tragedia para todos, pero en especial para Sylvia.

Farfullo algo inteligible. Creo que he intentado darle las gracias, y me dejo acompañar hasta la salida. Tampoco sé qué añadir. Antes de despedirse, la doctora me recuerda que me llamará para establecer una cita y hablar de Sylvia. Tiempo; lo que necesito es un poco de tiempo para descansar y recuperar fuerzas.

Ha llegado el momento de volver a casa. Una casa que no piso desde hace años y en la que ya no estará papá para explicarme por qué no se guardó ese horrible secreto hasta el final o por qué creyó necesario destrozarse los cimientos de mi mundo cuando yo apenas tenía dieciocho años.

Si papá siguiera vivo podría volver a discutir con él, podría volver a gritarle y echarle en cara los errores del pasado. Pero Eddie Morgan está muerto, murió hace unas semanas en un accidente de coche. A pesar de que nunca antes había conducido borracho, un viernes por la noche decidió hacerlo y murió. Bebió una botella de *whisky* y chocó con un camión de reparto a pocos kilómetros de la universidad. Se suponía que algún día íbamos a hacer las paces. Se suponía que algún día volveríamos a discutir y nos reconciliaríamos.

«Tu padre no era ningún estúpido y no habría corrido el riesgo de perder la vida antes de volver a verte.»

Me seco una lágrima.

Se suponía que algún día recuperaría a papá. Pero ahora es imposible, nadie puede desoír un secreto igual que nadie puede volver de entre los muertos. Lo único que puedo hacer en este momento es resolver los asuntos legales cuanto antes y asegurarme de que Sylvia estará bien atendida durante el resto de sus días. Después, me iré de aquí y no volveré.

3

La cúpula de la Universidad de Oxford surge de pronto en el horizonte y se me acelera el corazón. La muralla me parece más infranqueable que la última vez que la vi, las puntas de las torres más afiladas, y una profunda y dolorosa añoranza me cierra la garganta. Giro por las calles; a esa hora no hay demasiado tráfico ni gente paseando, los estudiantes se han ocultado de los turistas y estos ocupan ya sus asientos en las tabernas, *pubs* o restaurantes de la zona. Habría podido escoger otro camino, evitar la zona universitaria, pero he pensado que cuanto antes me enfrente a este demonio en particular, antes podré hacer lo mismo con los demás. De momento no está funcionando.

Modifico la dirección en cuanto puedo y veo muestras de lo cambiado que está el barrio de Jericho a pesar de que su alma sigue intacta y perenne como el río que cruza la ciudad. Un semáforo me detiene y una bicicleta cruza decidida la calle. Yo tenía una igual, la utilizaba casi a diario para ir a clase. Tal vez siga en el garaje. La luz del semáforo cambia y conduzco con más tranquilidad hasta casa.

Antes he hablado con Caitlin por teléfono. Caitlin es la señora encantadora que papá contrató hace cuatro años para que se ocupase de los asuntos cotidianos que él siempre había detestado, como hacer la compra, pagar la factura de la luz o mantener la casa en cierto orden.

Ella es la única persona que me ha dado el pésame con sinceridad. Hablamos por primera vez hace unos días e incluso detecté lágrimas en su voz. Se ofreció a venir a recogerme al aeropuerto e insistió en que dejaría la casa a punto para mi llegada. Rechacé la oferta del aeropuerto porque ya tenía intención de alquilar un coche; lo necesitaría de todos modos para moverme por la ciudad ahora que el de papá... Las dos enmudecimos al pensar en la maraña de hierros en que se había convertido ese vehículo. Caitlin carraspeó y se apresuró en terminar aquella conversación tan incó-

moda para ambas, aunque antes de despedirse me aseguró que se encargaría de preparar la casa; según ella, era lo mínimo que podía hacer. Hoy solo la he llamado para decirle que estaba aquí, no he podido explicarle nada más, y ella, gracias a Dios, no ha insistido.

Papá y yo llevábamos cinco años sin hablarnos cuando murió. Se suponía que más adelante tendríamos una segunda oportunidad y que recuperaríamos el tiempo perdido. Ninguno de los dos nos habíamos imaginado jamás que esa oportunidad nos sería arrebatada. Pero a pesar del silencio, papá me escribía correos electrónicos y cartas manuscritas de vez en cuando para informarme de cuestiones prácticas relacionadas con la casa o con la vida en Oxford. Me contaba historias sin importancia como, por ejemplo, que había decidido alquilar la casa de la abuela o que ese alquiler había llegado a su fin apenas nueve meses más tarde y que había optado por dejar la vivienda vacía. En uno de esos correos era donde me había explicado que había decidido contratar a una ama de llaves (papá aún utilizaba esos términos tan formales), la señora Caitlin McLain, una viuda con dos hijos que había conocido a través de los servicios de empleo de la universidad. Papá adjuntó en ese correo los datos de la señora McLain y por eso yo sabía su número de teléfono y que vivía a pocos kilómetros de casa.

El vehículo, programado por la empresa de alquiler de coches, enciende las luces de manera automática, y aguanto la respiración al ver la calle donde aprendí a montar en bicicleta y los buzones desvencijados de los Paterson. La realidad de esas texturas me cubre de la cabeza a los pies y los recuerdos bailan ante mis ojos mezclándose con las farolas negras, la acera ancha, las verjas de acero y los adoquines desiguales.

Detengo el coche cerca del callejón que divide en silencio el barrio. Prefiero acercarme andando a casa, no quiero entrar en el garaje de papá. Es el único lugar donde lo veía sonreír alguna vez, cuando reconstruía ese viejo Aston Martin con piezas también antiguas que perseguía a lo largo y ancho de Inglaterra. Paro el motor y me quedo sentada. Pierdo unos minutos recogiendo los papeles que antes he dejado sin cuidado en el asiento del acompañante y pongo cierto orden.

Salgo del coche tras coger aire y, mientras ando por la calle, meto la mano en el interior del bolso y busco el viejo llavero. Nunca me he deshecho de él y, al notar su tacto, lo aprieto entre los dedos. Sé que papá no ha cambiado el cerrojo. Si lo hubiese hecho, me lo habría contado en uno de sus

correos. A medida que la silueta de las ventanas y de la enredadera que sube por la fachada se dibujan frente a mí, noto que una extraña calma se apodera de los latidos de mi corazón.

La mente me juega una mala pasada y, cuando separo la puertecilla del jardín, creo oír la voz de papá en el garaje, saludándome de lejos. Así habría tenido que ser. Las llaves tintinean, y ese es el único sonido que me acompaña. Levanto la vista y me fijo en que la casa está recién pintada. Ese detalle, absurdo y cotidiano, me duele, y entro apresuradamente.

Está oscuro: las persianas están bajadas y las cortinas echadas. Alargo la mano en busca del interruptor y al respirar detecto el aroma a limón propio de los productos de limpieza. La luz ilumina el vestíbulo y dejo caer las llaves al suelo incapaz de seguir sujetándolas. La alfombra de flores púrpuras y violetas amortigua el golpe, sigue allí, esperándome sin haberse percatado del paso del tiempo. El mueble en el que tanto papá como yo dejábamos los libros, los guantes, o cualquier objeto que llevásemos en las manos al entrar en casa también está en el mismo lugar. Encima hay una bandeja, recuerdo de un viaje que hicimos juntos a Venecia, unas gafas, varias monedas y un llavero con tres llaves. Al lado, un marco con una antigua fotografía mía y de Sylvia, y un jarrón que no recuerdo haber visto antes.

Los pies me alejan de la puerta para acercarme a la cocina. Me quito el abrigo y lo cuelgo junto con el bolso en el perchero que flanquea la entrada. El papel de las paredes es distinto. Acaricio la barandilla de madera de la escalera que conduce a las habitaciones, pero me dirijo directa a la cocina. No puedo más.

Unos segundos más tarde estoy de camino al salón con una botella de *whisky* en una mano y un vaso en la otra. Presiono el interruptor con el codo izquierdo y tras observar por encima la estancia, que sigue intacta, voy a la butaca de papá y me dejo caer en ella. El olor a libros y a ese perfume de Penhaligon's con nombre de número que solo utiliza papá me aturde durante unos segundos. Descorcho la botella con los dientes y escupo el tapón, que rebota por el suelo mientras vierto una generosa cantidad de líquido en el vaso. Dejo la botella y brindo con la soledad.

Eddie Morgan, papá, me sonríe desde una vieja fotografía que descansa en una estantería.

El profesor Edward Morgan había sido en su momento uno de los miembros más jóvenes del claustro de Oxford. Sus brillantes estudios sobre botánica le habían convertido en una celebridad dentro del mundo académico; gracias a ellos había recibido varias ofertas de empleo de distintas universidades inglesas, y también una de Austria y una de Francia. Al final, el profesor Morgan se decidió por Oxford porque era su ciudad natal y porque allí seguían viviendo sus padres: un sastre retirado y una ama de casa con un don especial para las flores. Edward había recorrido Europa durante un tiempo —entonces utilizaba ese nombre más sofisticado, más seductor para las damas—, había estudiado y había cometido alguna que otra locura, aunque ninguna había dejado huella en él. Siempre había tenido la sensación de que había nacido mayor, demasiado serio para tener una juventud memorable, y estaba ansioso por llegar a la madurez. Entonces su personalidad estaría de acuerdo con su edad y con su físico.

Por eso encajó a la perfección en la vida académica en Oxford. Cuando caminaba por los pasillos de la facultad, ahora como profesor, sentía que, por fin, estaba donde tenía que estar. Preparaba las clases con esmero, buscando el modo de provocar la curiosidad de sus alumnos, y seguía investigando en el laboratorio por su cuenta. Tenía un despacho en la facultad y otro en el jardín botánico. Este segundo lo compartía con otros biólogos, pero ninguno acudía con tanta frecuencia como él.

Eddie estaba trabajando en un libro, una versión extendida de su tesis doctoral, por el que había mostrado interés una editorial. Era un gran honor, y Eddie se sentía tan abrumado y entusiasmado por la noticia que caminaba por la calle sin fijarse por donde pisaba.

Hasta que tropezó con otra persona y volvió a la realidad.

—Lo siento mucho. Iba distraído, le ruego que me disculpe —habló atribulado, dando un paso hacia atrás sin saber dónde colocar las manos.

—No se preocupe, yo también iba distraída.

La risa que siguió a esa frase se metió dentro de Eddie y logró que se le formase un nudo en el pecho por primera vez en sus treinta y cuatro años. Sonrió, empezó a sudar, tartamudeó.

—Lo siento —repitió al fin.

—No pasa nada. Soy Mary. —La bella desconocida le tendió la mano.

—Eddie. —Él se la estrechó, apretó los dedos con delicadeza y buscó en su mente alguna planta o alguna flor que desprendiese tanta fuerza y tanto calor al mismo tiempo—. Encantado de conocerla, señorita...

—Colbert. *Lo mismo digo, señor... —Había burla en su pregunta, aunque Eddie no la percibió.*

—Profesor Morgan.

Ella le sonrió de nuevo.

—*Encantada, profesor Morgan. Yo iba distraída porque estaba mirando aquel perchero negro. He decidido que lo necesito, ¿qué le parece? Y dígame, ¿cuál es su excusa?*

Eddie Morgan, un hombre que nunca compartía sus pensamientos con nadie, le contó a esa chica de ojos verdes y pecas en la nariz el motivo de su distracción. Lo hizo porque sabía que no podía dejarla escapar y porque estaba seguro de que el perchero negro iba a ocupar un lugar permanente en su apartamento.

Abro los ojos al oír que el vaso en el que he estado bebiendo cae al suelo y se rompe. No tendría que haber bebido; no lo hago nunca, y empezar hoy no ha sido buena idea. Bajo la mirada hacia el estropicio: hay cristales por todas partes. No solo me he quedado dormida en una postura rocambolesca que empeorará mi dolor de espalda, sino que además he soñado con esa estúpida anécdota que papá siempre contaba sobre el perchero negro del vestíbulo.

Será mejor que vaya a acostarme. Subo sin pensarlo demasiado a mi antiguo dormitorio y lo encuentro en perfecto estado. Huele a flores. El alcohol que circula por mi organismo impide que los malos recuerdos me hagan daño. Me tumbo, solo será un momento. Necesito dormir.

El ruido que me despierta es tan distinto al que oigo desde mi cama en Brasilia que abro los ojos asustada y desorientada. A pesar de la resaca, identifico todos y cada uno de los sonidos de inmediato; los timbres de unas bicicletas, puertas de garajes que se abren y cierran, saludos y conversaciones de los vecinos... Tengo que sujetarme la cabeza con ambas manos, me duele la espalda y tengo un horrible sabor en la boca. Anoche, o cuando fuera que había ido a acostarme, me olvidé de desnudarme. La ropa se me ha pegado al cuerpo y huele al ambientador de la compañía aérea. Parpadeo varias veces en un intento desesperado de enfocar la vista.

Exceptuando algunos detalles, el dormitorio está igual que el día que me fui. Hay algún libro nuevo en las estanterías, un jarrón encima del escritorio, una manta que no recuerdo sobre mi vieja butaca, pero eso es todo.

—Joder, papá —farfallo, y al oírme detecto una profunda tristeza y una rabia que hasta entonces he insistido en negar. Incapaz de enfrentarme a eso opto por ocuparme de las cuestiones prácticas—. ¿Dónde está mi bolso?

Cuando por fin lo encuentro, junto al resto de mis pertenencias en la entrada, lo subo a la habitación y me desnudo.

Me quedo bajo la ducha hasta que el agua sale helada.